7. LAS MARAVILLAS DE LA CREACIÓN.

Introducción. La creación es el lugar donde se esconde la Palabra. Se requiere la capacidad de asombro, la mirada que descubre en la perfección de la creación la firma del divino artesano. La naturaleza es un mapa que si lo sabemos leer nos lleva directamente al corazón de Dios. El agua que desciende nos dice, que, para ser fecundos, hemos de abajarnos; las aves que anidan en lo alto nos recuerdan que debemos de confiar solo en la providencia del Padre que nos cuida. El frío y la lluvia nos revelan el valor de la desolación, lo que Dios nos regala para protegernos y cubrirnos y para que nuestros tesoros no se lo puedan llevar la herrumbre y las polillas o los ladrones. Las hojas amarillentas nos confirman que, para brotar, hay que dejar caer lo viejo y esperar con paciencia lo nuevo. Cuando aprendemos a decodificar la naturaleza creada, también la creación, que se despliega en el tiempo, en nuestra historia personal y comunitaria, se volverá trasparente y podremos bendecirla.

Lo que Dios nos dice. ***«Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío!, ¡qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas; las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento; los vientos te sirven de mensajeros; el fuego llameante, de ministro. Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás; la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas; pero a tu bramido huyeron, al fragor de tu trueno se precipitaron, mientras subían los montes y bajaban los valles: cada cual al puesto asignado. Trazaste una frontera que no traspasarán, y no volverán a cubrir la tierra. De los manantiales, sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón; aceite que da brillo a su rostro, y el pan que le da fuerzas. Se llenan de savia los árboles del Señor, los cedros del Líbano que él plantó: allí anidan los pájaros, en su cima pone casa la cigüeña. Los riscos son para las cabras, las peñas son madriguera de erizos. Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso. Pones las tinieblas y viene la noche, y rondan las fieras de la selva; los cachorros del león rugen por la presa, reclamando a Dios su comida. Cuando brilla el sol, se retiran y se tumban en sus guaridas; el hombre sale a sus faenas, a su labranza hasta el atardecer. Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas. Ahí está el mar: ancho y dilatado, en él bullen, sin número, animales pequeños y grandes; lo surcan las naves, y el Leviatán que modelaste para que retoce. Todos ellos aguardan a que les eches comida a su tiempo: se la echas, y la atrapan; abres tu mano, y se sacian de bienes; escondes tu rostro, y se espantan; les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras; cuando él mira la tierra, ella tiembla; cuando toca los montes, humean. Cantaré al Señor, tocaré para mi Dios mientras exista: que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor. Que se acaben los pecadores en la tierra, que los malvados no existan más. ¡Bendice, alma mía, al Señor! ¡Aleluya!» (Sal 104)***

El autor se inspira en el primer capítulo del Génesis y nos invita a maravillarnos con el autor de tanta belleza como esconde cada espacio de la creación. Necesitamos todos admirarnos más y juzgar menos. Alabar más y quejarnos menos. Describe a Dios como un ser envuelto en un manto de luz. La primera palabra creadora que Dios pronunció sobre la tierra, amordazada por la oscuridad fue: ***«Hagamos la luz» (Gen 1,3).*** Todo nace de la luz que es Dios, y a partir de esa luz describe el proceso de la creación en tono creciente, procesual, como si de una extraordinaria obra maestra se fuera gestando. Desde la idea, la inspiración y la puesta en marcha, los bocetos, las pruebas, hasta llegar al resultado final plenificante y plenificador. Y en el culmen del proceso creador aparece el ser humano, hombre y mujer, a su imagen y semejanza creados Nos podemos ver cada uno como plenitud del acto creador de Dios. Esa es la fuente de la autoestima y del querernos bien a nosotros mismos.

Cómo podemos vivirlo. Ojalá sintamos la imperiosa necesidad de aclamar agradecidos la Gloria de Dios y exultar de la alegría y la belleza de todas sus obras, pero la principal de todas es cada ser humano al que se nos regala mirar, contemplar, cuidar, acompañar. Dios se ha hecho hombre, ha creado todo, para que el hombre llegue a ser Dios. Desde que nacemos llevamos la semilla de la divinidad en cuanto creados a su imagen y semejanza.